

Cuadernos de la Memoria

www.elortiba.org

DOCUMENTOS

Hernández Arregui, intelectual peronista. Pensar el nacionalismo popular desde el marxismo.

CARLOS PIÑEIRO IÑIGUEZ

El autor recorre los caminos vinculados a las líneas extendidas entre el peronismo, diferentes miradas sobre la izquierda (Cuba, Vietnam, China, la Unión Soviética), cómo repercutieron y sus aspectos nutrientes hacia adentro del movimiento.

Síntesis argumental:

El autor recorre los caminos vinculados a las líneas extendidas entre el peronismo, diferentes miradas sobre la izquierda y como repercutieron y de las que se nutrió este movimiento.

Cuba, Vietnam, China, la Unión Soviética y sus políticas estuvieron a la orden del día para rearmar una identidad peronista. En el documento fundacional de 1964 del Movimiento Revolucionario Peronista, por ejemplo, puede leerse que "el peronismo es un movimiento que entronca con todas las grandes revoluciones de la humanidad". El propio Perón, en carta a Hernández Arregui, denota el optimismo de la época y cómo todos los fenómenos contestatarios del sistema se interrelacionan: "la Revolución está en marcha", afirmaba.

Sobre el autor:

Piñeiro Iñiguez es graduado en Economía y en Relaciones Internacionales y ejerció la docencia en diferentes universidades argentinas. Como diplomático de la Cancillería argentina cumplió funciones oficiales en Nigeria, España, Portugal y Uruguay. Fue Embajador Extraordinario y Plenipotenciario ante la República Dominicana y Bolivia. Actualmente ejerce el mismo cargo en Ecuador. Dictó conferencias y cursos sobre el pensamiento político latinoamericano en Argentina y en el exterior, y ha publicado diversos libros.

Editorial:

Instituto Di Tella / Siglo XXI.

Capítulo 'Los libros, las luchas y el vértigo de la historia'.

La radicalización masiva

La rebelión cordobesa de mayo de 1969 es sucedida por levantamientos de los pueblos de casitodas las ciudades grandes y medianas de la Argentina -la excepción es Buenos Aires-, en medio de un clima de debates en el que lo que principalmente se discute no es la inexorable y pronta caída de la dictadura sino las alternativas para su reemplazo. Entre cientos de miles de jóvenes trabajadores y estudiantes se habla de un gobierno de tipo "obrero y popular", "revolucionario y socialista"; los contenidos de esas fórmulas constituyen el motivo de las

disputas ideológicas de la época, donde lo que se discute fundamentalmente es si esa construcción se hará bajo las banderas del peronismo -opción mayoritaria- o siguiendo un modelo de inspiración guevarista.

Naturalmente, también hay combinaciones peronistas/guevaristas, y variantes trotskistas, maoístas o vietnamitas.

Los contrastes que se producen en las luchas a nivel regional -el giro represivo de los militares brasileños, la derrota y muerte del Che Guevara en Bolivia- son contrabalanceados por la exitosa resistencia de los vietnamitas a la invasión norteamericana, el avance de las luchas anticolonialistas en el África, las perspectivas que se atribuyen a los avances de la izquierda en Chile y Uruguay, y la originalidad de los procesos antiimperialistas de Bolivia y Perú.

La persistencia -ya entonces por más de una década- del proceso revolucionario cubano es central; como afirma Silvia Sigal, "Cuba construyó un puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo, y pudo emerger entonces una ala izquierda peronista".

El clima de época se expresa en que una de las organizaciones guerrilleras peronistas - "formaciones especiales" en la denominación de Perón- usa como consigna la de "venceremos en un año o venceremos en diez, pero venceremos", ante la impaciencia de quienes creen que el triunfo puede estar mucho más cercano. El propio Perón, en carta a Hernández Arregui de diciembre de 1969 -que es incluida en la segunda edición de 'La formación de la conciencia nacional', denota el optimismo que se vive y cómo todos los fenómenos contestatarios del sistema parecen interrelacionarse: "la Revolución está en marcha. Como en 1789, ha comenzado por La Bastilla. Por primera vez parecen ser contemporáneos todos los hombres. Hemos presenciado el 29 y 30 de mayo de 1969 en las ciudades argentinas el mismo espectáculo que un año antes impulsaba a las barricadas en el Barrio Latino de París. Podemos exclamar como André Malraux: el ensayo general de este drama suspendido anuncia la gran crisis de la civilización occidental. El encuentro de la juventud con el proletariado es un fenómeno sin precedentes".

Tanto en otras cartas a Hernández Arregui como en sus diferentes manifestaciones públicas - filmaciones, grabaciones-, Perón adopta por entonces la fórmula del "socialismo nacional" dentro de un contexto internacional donde "el mundo marcha inexorablemente hacia el socialismo", y las citas y comparaciones con Fidel Castro y Mao Tse Tung menudean. Así, por ejemplo, en su 'Mensaje a la Juventud' del 20 de octubre de 1965, Perón sostiene que "porque buscamos el poder para esa clase mayoritaria, es que debemos prevenirnos contra el posible 'espíritu revolucionario' de la burguesía. Para la burguesía, la toma del poder significa el fin de su revolución. Para el proletariado -la clase trabajadora toda- la toma del poder es el principio de esta revolución que anhelamos, para el cambio total de las viejas y caducas estructuras demo-liberales", o en su carta al Movimiento cuando la muerte del Che, afirma que "las revoluciones socialistas se tienen que realizar; que cada uno haga la suya, no importa el sello que tenga".

Naturalmente, esto facilita mucho el proceso de nacionalización de los sectores medios, que encuentran menos contradicciones para que su radicalismo ideológico propio de los tiempos entronque con el movimiento político que representa a los -algo endiosados- trabajadores

manuales. Hernández Arregui goza ya de un sólido prestigio entre sectores medios que ven en él a un adelantado, al arribar a conclusiones a las que ahora ellos están llegando.

En la síntesis de Esquivada, "una figura cuyos textos resultarían centrales para dos jóvenes revolucionarios... las lecturas históricas de Hernández Arregui tenían la riqueza de la heterodoxia". Se ha dicho incluso que él fue el introductor en el peronismo de conceptos como "colaboracionista", "burócrata" y "reformista", aunque la afirmación requeriría arduas demostraciones.

Esta influencia puede rastrearse, por ejemplo, en la recolección de textos de organizaciones revolucionarias de entonces que incluye Carlos Altamirano en su volumen 'Bajo el sigilo de las Tasas'. En el documento fundacional de 1964 del Movimiento Revolucionario Peronista, dirigido por Gustavo Rearte, puede leerse que "el peronismo es un movimiento que entronca con todas las grandes revoluciones de la humanidad" y que "debe desprenderse de los elementos que lo frenan y superarse"; en el programa liminar del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) -1970- se plantea el concepto de la continuidad de las luchas históricas populares y la necesidad de solucionar para siempre la cuestión agraria argentina, y en la declaración de Montoneros de ese mismo año también está la idea de la continuidad histórica, en este caso más concretamente con la resistencia peronista. En todos los casos, aquellas son ideas que Hernández Arregui desarrolló con precisión, y probablemente también por primera vez en Argentina.

Fueron pocos los grupos que -como el ERP- proviniendo de la llamada Nueva Izquierda heterodoxa se resistieron a la prédica, de la cual Hernández Arregui era adalid, en cuanto a asumir la identidad peronista.

Incluso el grupo liderado ideológicamente por José Aricó, expulsado del Partido Comunista en 1962 al comenzar la publicación de la prestigiosa e influyente revista 'Pasado y Presente', ya en 1965 parecía plantear que ésa era la única opción. Aricó mismo se interrogaba: "cerrado el camino de un partido de izquierda como única y concreta vía de aproximación a la clase trabajadora, ¿cuál es la posibilidad que se le ofrece al joven intelectual proveniente de las capas medias de fundirse con la clase obrera?".

Centrando el análisis en Hernández Arregui, Gustavo Morello afirma: "posiblemente se debió a estos grupos el hacer creíble el peronismo para las organizaciones revolucionarias".

Aun cuando Hernández Arregui considerara la Universidad como el ámbito privilegiado en el que se reproducía la colonización cultural de las clases medias, a fines de los años 1960 se dio también allí un proceso contracultural en el que sus ideas cumplieron un papel protagónico. Desde el análisis de Néstor Kohan, "en apenas quince años Hernández Arregui logra una increíble tarea pedagógica subterránea y extra-institucional (muchas veces anti institucional), coronada con el ingreso de sus textos como bibliografía obligatoria en la universidad en 1973". En uno de sus centros más prestigiosos -la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires- surgieron las llamadas "cátedras nacionales", orientadas por el sociólogo Roberto Cárdenas y por el sacerdote Justino O'Farrell, que intentaban "repensar, a la luz de la problemática política del momento, las corrientes de pensamiento europeas y

formular teóricamente las cuestiones que tenían que ver con la liberación nacional. Para ello leían a Hernández Arregui y Jauretche, pero también a la Escuela de Frankfurt, Habermas, Sartre, Hegel". Cárdenas sostendría por entonces que "la construcción de una sociología nacional es posible, como así también la elaboración de las herramientas conceptuales necesarias para las tareas de investigación y procesamiento teórico, pero siempre y cuando el sociólogo realice sus tareas al servicio del Movimiento Nacional de Masas... el Peronismo leal a Perón".

Algunos de los títulos de las materias que dictaban en esas cátedras parecían extraídos de los libros de Hernández Arregui: Problemas Socio-Económicos Argentinos, Proyectos Hegemónicos y Movimientos Nacionales, etc¹⁰⁶.

En la reedición de 'La formación de la conciencia nacional', Hernández Arregui reproduce dos documentos que le han enviado desde este sector; una Convocatoria a los Profesores Universitarios Argentinos, firmada por Justino O'Farrell, Blas Alberti, Carlos Grosso y Arturo Fernández, y una Declaración de los Docentes Peronistas de la Carrera de Sociología, firmada por Juan Pablo Franco, Jorge Carpio, Susana Checa, Alcira Argumedo, Gunar Olsson, Pedro Krotsch, Eduardo Jorge, María E. Cubiló, Fernando Álvarez, Ricardo Sidicaro, Ernesto Villanueva, Alejandro Peyrou, Horacio González, Daniel Portela y Roberto Carri; este último dirá en 'Poder imperialista y liberación nacional': "aquí, en la Argentina, todo intento por universalizar abstractamente la ciencia se convierte en una teoría de apoyo a la dominación imperial. La verdadera alternativa para un sociólogo consiste en producir científicamente desde nuestra propia realidad como país y desde dentro del movimiento popular, que aquí no es otro que el peronismo".

La lucha por identificar peronismo y socialismo

'Peronismo y socialismo', publicado en 1972, quiere ser -y así consta en sus páginas- un libro para los trabajadores: Hernández Arregui resuelve ofrecer un texto en donde el proceso de fusión entre lo afirmativo nacional y lo socialmente revolucionario sea explícito, accesible incluso para lectores sin formación previa. Al lector del siglo XXI, que vive en medio de una intensa degradación de los hábitos de lectura y de la formación cultural de nuestros pueblos - un fruto consciente de las políticas neoliberales de estupidización-, el texto no le parece fácil (a modo de consuelo, puede recordar que Karl Marx escribió 'El Capital' pensando también en los obreros, y hoy es, por su supuesta complejidad, un libro incomprensible para los estudiantes de economía).

Como libro, 'Peronismo y socialismo' está entre los menos logrados de su autoría.

La composición resulta a veces repetitiva -se notan huellas de trabajos anteriores que han sido reciclados-, y el tono de ciertos pasajes resuena decididamente dogmático. Una idea central del volumen es que la crisis del imperialismo capitalista se ha trasladado al Tercer Mundo, y que es allí donde se están librando las batallas decisivas para el porvenir de la humanidad, inexorablemente socialista. Se trata de una visión bastante cerrada, donde el "hippismo" -por poner un ejemplo- sólo se considera como expresión de la decadencia del sistema, y la admisión de la homosexualidad como prueba de su estado de putrefacción. Hay también intuiciones certeras acerca del papel que están cumpliendo los nuevos medios de difusión,

pero Hernández Arregui está convencido -hoy parece difícil sostenerlo- de que perderán inexorablemente la partida, pues la verdad de sus mistificaciones pronto se develará.

La violencia se presenta como única alternativa para la liberación, y las ideas de los que han quedado en el camino -Scalabrini Ortiz, John W Cooke- se impondrán por esa vía.

Como en su primer libro, el análisis se centra en el fenómeno imperialista, que aquí el autor describe fundamentalmente a través de los escritos clásicos de Lenin. El desarrollismo es la fórmula con la que ha intentado encubrirse en América Latina, pero ya los pueblos han descubierto la tramoya. Más lo preocupa un fenómeno interno a la subjetividad revolucionaria: la creciente cooptación de dirigentes sindicales -algunos con digna trayectoria previa- por las centrales doctrinarias de Estados Unidos, que desea despolitizar a los sindicatos y transformarlos en algo así como mutuales ajenas a la liberación, lucha por la Hernández Arregui sostiene la idea de un sindicalismo de clase, que lleve a cabo intervenciones -huelgas y movilizaciones- aun más allá de la lucha reivindicativa. En el caso del peronismo, cuya naturaleza movimientista no le permite articularse como partido revolucionario, los sindicatos deben cumplir en parte esa función; de algún modo, está presente la influencia de la fórmula trotskista del "partido revolucionario basado en los sindicatos".

En el capítulo III, el autor vuelve a la necesidad de la lucha cultural en los sectores medios, considerando que los dos grandes terrenos de esa lucha son el Ejército y la Universidad. Hay que recuperar ambas instituciones para disminuir los dolores de parto de la nueva sociedad; la izquierda, que no termina de aceptar al peronismo -el Partido Comunista es el núcleo más irreductible en este aspecto- sigue jugando un papel contradictorio, pues se opone al único movimiento que puede lograr los fines transformadores que ellos proclaman perseguir: los del socialismo. Éste es explicitado en contraposición respecto del capitalismo en el capítulo siguiente; la sección es especialmente maniquea, pues el modelo socialista se presenta ubicado en una total superioridad, tanto en los aspectos económicos como culturales, sociales, etc. Cuando Hernández Arregui ejemplifica, lo hace con los logros de la Unión Soviética, que ya habría superado a los Estados Unidos en todos los temas significativos. Aquí, su visión parece fuertemente determinista; resalta la inevitabilidad del cambio de sistema, y apenas aborda ciertas asincronías que se constatan entre -por ejemplo- los diversos países iberoamericanos; en Asia y África los procesos son presentados como más homogéneos.

El libro termina con un estado de la situación política argentina: el Gran Acuerdo Nacional propuesto por los militares para garantizarse una retirada honrosa hace agua por la multitud de factores que lo enfrentan; luchas sociales, organizaciones armadas, sindicatos, intelectuales nacionalizados. Factores que, inevitablemente, operan al servicio de la estrategia de Perón, quien en este momento ya no oscila, y apuesta fuerte al regreso al país y al poder. Hernández Arregui hace un vuelo por sobre los últimos veinte años de nuestra historia sociopolítica, y señala los retrocesos que han significado. Sin embargo, en su análisis parece más importante lo que se ha acumulado en el otro plato de la balanza. La creciente radicalización hace que el modelo ya no sea el de la comunidad nacional organizada del primer peronismo, sino el del socialismo que -en su lectura- se impone en todo el mundo. La clave está en que los sectores revolucionarios, que ahora sí cuentan con el apoyo decidido de Perón, puedan derrotar a los

sectores burocráticos y reaccionarios que siempre han existido en el movimiento, pero que ya no son funcionales más que a los fines de la contrarrevolución.

Juan José Hernández Arregui entra por entonces en un período de gran exposición pública; la revista *Prirnera Plana* -el semanario político más leído en la Argentina de aquellos días-le hace un espacio¹⁰⁷, y constantemente participa en charlas, debates y paneles. En una mesa redonda sobre el Socialismo Nacional realizada en la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos (FOETRA), el 22 de septiembre de 1972, comparten la tribuna con él Julio Guillán -máximo dirigente de ese gremio-, el abogado laboralista y defensor de presos políticos Luis Cerrutti Costa, Ricardo Carpani, Antonio Carballeda del Peronismo Revolucionario y los sindicalistas Benito Romano y Tomás Saraví.

Es interesante medir el grado de radicalización tomando como referencia los discursos de tres de los participantes. Cerrutti Costa, por entonces ya un hombre de edad, sostiene que "otra característica que es esencial al socialismo es el internacionalismo proletario. Ningún auténtico marxista y cristiano puede aceptar que la solidaridad humana con los oprimidos se agota en la propia patria. Mientras exista un hombre oprimido en el último rincón del planeta, ningún revolucionario puede considerar su misión cumplida. Pero la mejor manera de llegar al objetivo final es luchando por la liberación de la propia patria, y dentro de la misma por la liberación del hombre".

Por su parte, Tomás Saraví agrega: "hay que evitar caer en el capitalismo de Estado, a la luz de la experiencia histórica y del Movimiento. La nacionalización no debe ser una simple estatización. Los sectores básicos (siderurgia, electricidad, bancos, frigoríficos, petróleo, comercio exterior) deberán ser los puntos centrales del proceso de socialización, al mismo tiempo que se realicen las reformas agrarias y urbanas".

Finalmente, Julio Guillán afirma que "en esta etapa de desarrollo revolucionario de nuestra patria, podemos pensar -y lo propongo como tema de discusión- que el Socialismo Nacional es la consecuencia de la lucha de la humanidad misma. Es nacional porque se desarrolla en cada patria, hasta el momento en que el mundo se integre en el socialismo internacional"¹⁰⁸.

Por su trayectoria, por su erudición, por su compromiso, Hernández Arregui ha devenido un referente intelectual para una amplia gama de organizaciones -en su mayoría constituidas por las nuevas generaciones- que buscan una salida revolucionaria a la crisis. Jauretche sigue haciendo su aporte en el campo de una sociología criolla, y Puiggrós y Ramos en el plano de la historia; los debates por la izquierda nacional han perdido hasta cierto punto su sentido previo, pues las grandes opciones ahora parecen establecerse en términos de peronismo revolucionario e izquierda revolucionaria. El costo de la exposición de Hernández Arregui como referente peronista revolucionario es alto: casi en simultáneo con la aparición de su libro, grupos fascistas -indeterminados, aún hoy no se sabe si militares o de la derecha peronista- ponen una bomba en su casa que casi mata a su mujer. La solidaridad que recibe entonces es amplia: muchos comprenden que se ha atentado contra la figura más notoria, pero que inexorablemente los grupos del terror blanco irán por ellos si no se los detiene. Hernández Arregui no da un razonable paso al costado: como tantos otros entonces, confía en que esos coletazos de guerra civil pasarán pronto, con la imposición del peronismo que ya sólo puede ser posible en su versión revolucionaria.

Perón resuelve regresar en noviembre de 1972, y se convoca a una amplia y heterogénea comitiva para acompañarlo: sindicalistas de distintas corrientes, actores, cantantes, historiadores, escritores. La idea es que, con sus prestigios y figuración pública, presten seguridad al retorno. Hernández Arregui es invitado y participa del viaje, que culmina sin incidentes. Pero aún entonces la candidatura de Perón es imposible, y éste elige como su reemplazante a su delegado de entonces: Héctor Cámpora, conocido por su extrema fidelidad al viejo líder. En la fórmula lo acompaña un conservador, Solano Lima: pareciera que Perón quiere tener un gesto hacia los sectores moderados que coincida con su por entonces autoproclamada imagen de "león herbívoro". Sin embargo, si Cámpora fuera vetado, el candidato de reemplazo sería el teniente Licastro, una opción indigerible para los militares. Finalmente el peronismo, que ha articulado un frente con sectores de poca significación - numérica e ideológicamente- triunfa, con una consigna atractiva pero que debilitará la autonomía del nuevo gobierno: "Cámpora al gobierno, Perón al poder".

El estado de agitación y movilización social es enorme; por sí mismas, las masas que se han reunido para asistir a la asunción de Cámpora el 25 de mayo de 1973 -y que aclaman en la Plaza de Mayo a los presidentes de Cuba y Chile, Dorticós y Allende- marchan a la cárcel de Villa Devoto y liberan a los presos políticos antes de que el Congreso vote la ley que así lo determina.

Durante aquellos días se ocupan tierras, viviendas, fábricas: toda una oleada de reivindicaciones contenidas por casi dos décadas quiere encontrar de inmediato su realización. Perón envía mensajes de "prudencia y sabiduría", convoca a los jóvenes a hacer "todo en su medida y armoniosamente", lo cual resulta casi imposible. En el nuevo gobierno los sectores radicalizados tienen una representación minoritaria pero activa; la prensa "seria" denuncia el caos y las tendencias "comunistas" del gobierno. Perón resuelve hacerse cargo personalmente, y regresa de España, a donde había vuelto luego de su breve visita anterior.

La angustia de un intelectual comprometido y responsable

El día del regreso -20 de junio de 1973- iba a ser una fiesta para los millones de argentinos que concurrieron a recibir a su líder en Ezeiza. Pero devino en tragedia. Los sectores de la extrema derecha peronista desataron una masacre que terminó con gran cantidad de muertos y heridos. Para el peronismo revolucionario, no fue sólo ése el impacto del retorno, sino que el General adoptó -al día siguiente de su llegada- definiciones muy poco proclives a su tendencia: desapareció de su lenguaje lo del "socialismo nacional" porque "no hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina ni a nuestra ideología: somos lo que las veinte verdades peronistas dicen". Esas "veinte verdades" -de cuya existencia muchos jóvenes venían a enterarse recién entonces-, no moldeaban una sociedad socialista sino más bien el modelo implementado entre 1945 y 1955, el de la comunidad organizada, el que Hernández Arregui había caracterizado como la forma de la revolución democrática burguesa en la Argentina.

Por añadidura a lo anterior, pronto quedó en claro que Perón había decidido tomar las riendas del gobierno, para lo que se convocaron nuevas elecciones. El interinato quedó en manos de Raúl Lastiri, cuyo único mérito era ser yerno de López Rega, quien ya se perfilaba como referente de los sectores de extrema derecha del peronismo.

Entrar en los motivos de aquel giro de Perón excede las ambiciones de este trabajo. Puede apuntarse algo obvio: el contexto regional era muy poco propicio, pues a la dictadura brasileña se le sumaron en pocos meses la de los militares uruguayos y la de Pinochet en Chile. No era, precisamente, un momento de auge revolucionario en América Latina. Y las fuerzas armadas argentinas estaban dispuestas a aceptar -a regañadientes y, como se demostraría, por poco tiempo- un gobierno peronista ortodoxo, pero no uno revolucionario.

Como complemento de aquel marco, no parecía viable convencer a los jóvenes revolucionarios que se sentían protagonistas de un movimiento social.

Fuente: www.telam.com.ar